

Entre Marx, Clausewitz y Tucídides

Metamorfosis del imperio

Comentarios al dossier de Iconos 17

Marc Saint-Upéry¹

Uno puede estar en profundo desacuerdo tanto con el contenido del libro de Hardt y Negri como con su muy elíptica estrategia argumentativa -es mi caso- y reconocer que *Imperio* tiene el mérito de relanzar un debate transversal, dentro y fuera de la academia, que se había agotado un poco desde los tiempos heroicos de la teoría de la dependencia. Tal como lo plantean los autores del dossier de *Iconos 17*, este debate es tan denso y multifacético que el pedido que me hizo Franklin Ramírez de comentar este conjunto de contribuciones se presenta como una temible trampa y demostrará, sin lugar a dudas, que mis conocimientos no están a la altura de mi interés por el tema. Sin embargo, pediré la indulgencia de los autores por mi tratamiento muy fragmentario de sus análisis y me arriesgaré también a tratar de iluminar brevemente algunos aspectos que no han sido enfocados por ellos.

Muy meritorio es el esfuerzo de Pablo Ospina por enraizar el libro de Hardt y Negri en los debates macrosociológicos sobre el origen y el porvenir del sistema-mundo capitalista. Me parece que la cuestión de la pluralidad inicial de unidades políticas (una especificidad muy europea en su forma feudal y en su

evolución hacia el Estado-nación), mencionada por Ospina en referencia a Wallerstein, merecería un tratamiento que vaya más allá de la idea -en parte discutible- de la unidad de la clase dominante frente a la dispersión de los dominados. En realidad, como lo señala Jean Baechler, la no unificación del continente europeo en un imperio-mundo (al contrario de otras áreas civilizaciones) tuvo una serie de consecuencias clave para la posibilidad de un desarrollo capitalista temprano que, técnicamente y culturalmente, hubiese sido igualmente posible en China o en el mundo árabe-pérsico². Así que es cierto que el capitalismo tiene profundas raíces políticas, y no sólo técnico-culturales y sociales. Desde tal perspectiva, sería interesante analizar la relación entre el desarrollo capitalista y la historia de las formas de soberanía con un enfoque radicalmente diferente de la gran narración de política-ficción especulativa desplegada por *Imperio*. Ospina identifica una de las consecuencias de este “aparato conceptual que acentúa las rupturas con la soberanía moderna, sin resaltar las continuidades”, cuando escribe que “tal vez la ausencia más llamativa del estudio de Hardt y Negri no sea realmente la falta de un análisis de las empresas transnacionales, sino, por el contrario, la carencia una perspectiva propia sobre las relaciones inter-estatales luego del fin de la Guerra Fría”. Sin embargo, quizás por un exceso de respeto a un libro que encuentra “cautivante”, no se

Marc Saint-Upéry, 2004, “Entre Marx, Clausewitz y Tucídides. Metamorfosis del imperio”, en *ÍCONOS* No. 18, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 72-80.

1 Periodista, editor y traductor.

2 Jean Baechler, *Le capitalisme*, París, 1995.

permite cuestionar más a fondo la estrategia conceptual que subyace a esta carencia.

Como ejemplo de esta estrategia, notemos que en el torbellino de “name-dropping” que constituyen los varios capítulos de *Imperio* - caracterizados por la brevedad casi epigramática de los comentarios analíticos sobre cada autor mencionado y la ausencia conspicua de toda una serie de analistas canónicos del imperialismo-, Hardt y Negri le dedican a Wallerstein, si no me equivoco, un sólo párrafo alusivo y una nota bibliográfica. En cuanto al capítulo sobre el debate marxista clásico (“Los límites del imperialismo”), es un tanto confuso y sobre todo anclado en los presupuestos teleológicos -el necesario devenir-imperio de la dominación capitalista- de una construcción teórica bastante autista que nunca enfrenta una pregunta básica: ¿han confirmado los indicadores económicos y la evolución histórica concreta los diagnósticos y pronósticos de Lenin, Kautsky, Luxemburg, Hilferding y sus sucesores?

Ospina, con la ayuda de Arrighi, entre otros, trata a la vez de dar algunas indicaciones sobre el tema y de rescatar un sentido racional de la distinción entre imperialismo e imperio. Eso no le impide observar el hecho curioso de que Hardt y Negri apenas mencionan fenómenos tan trascendentales como, por ejemplo, la existencia de la OMC y de su máquina de guerra político-jurídica. Ahí cabe decir que se puede estar o no estar de acuerdo con tal o cual análisis específico de Atilio Borón (o con su confianza -excesiva, en mi opinión- en las herramientas clásicas del materialismo histórico), pero que se debe reconocer que tiene toda la razón cuando afirma que “es imposible hacer buena filosofía social y política sin un sólido análisis económico”³.

Por lo demás, estoy totalmente de acuerdo con las observaciones de Ospina sobre la extrañeza de la “fuerza casi metafísica de la multitud” y sobre uno de sus corolarios, la teoría

un poco delirante de la migración como “éxodo” rebelde. También apruebo la idea de que, “aunque ciertamente una reacción de enclaustramiento nacionalista en el Tercer Mundo no es la mejor forma de enfrentar el orden transnacional de la globalización, no se puede olvidar su importancia decisiva en la posible formación de bloques regionales que tal vez sí tengan mayor impacto en la resistencia y en la formación de un orden multipolar alternativo [y que] caen fuera de un análisis cuyas únicas alternativas oscilan entre lo crudamente nacional y lo abiertamente mundial”. Sin em-



3 Atilio Borón, *Imperio e imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, 2002.

bargo, para Hardt y Negri, hablar de eso significaría romper con la exaltación de la virginitad rebelde del “poder constituyente” y preocuparse seriamente de realidades tan triviales y aburridas como instituciones, mediaciones y -¡horror!- representaciones: o sea, dejar de oponer abstractamente el “gozo del ser”

a la “misericordia del poder” y de confundir objetivización y alienación, para retomar el léxico de Lukács.

El Catoblepas y la humanidad

No estoy seguro de entender muy bien las primeras páginas del artículo de Alejandro Moreano, que añaden a veces al “intricado tono discursivo” de Hardt y Negri una capa adicional de opacidad, como cuando habla del “no lugar del deseo” y del “no-lugar” de la explotación”.



Además, me parece que aludiendo al “fuerte hálito de fiesta y carnaval” que caracterizaría las rebeliones del ex-Tercer Mundo - como para decir a Hardt y Negri: “nosotros también tenemos contra-culturas alegres y subversivas”-, Moreano comete un contrasentido parcial sobre el “deseo” negriano. La fuente de este concepto en Negri es, supuestamente, la filosofía neo-spinozista de Gilles Deleuze, aquél que siempre insistió que el “deseo” no es la fiesta, aún menos el desahogo sexual (y que tampoco tiene que ver con instancias estructurales como la Ley o el objeto-a de Lacan)⁴. Sin embargo, es verdad que en *Imperio* hay una clara táctica retórica de

fomentar la ambivalencia de los conceptos; en términos de mercadeo intelectual, les conviene perfectamente a Hardt y Negri que parte de sus lectores -sobre todo estadounidenses- tiendan a confundir a Deleuze con Marcuse y a Foucault con un discípulo de Wilhelm Reich. Como lo señala François Zourabichvili, hay un deslizamiento semántico muy significativo en el uso que Negri hace de las categorías deleuzianas: “para Negri, la institución no juega ningún papel y está en exterioridad total frente al ‘poder constituyente’. [...] Para Deleuze, es cierto que la institución [...] desnaturaliza el deseo como momento creativo, pero es también positiva en cuanto lo actualiza. [...] Lo ‘molar’ (las ‘segmentariedades’ duras, y la escansión institucional de nuestras vidas) no es menos necesaria a la vida que lo ‘molecular’, dimensión en la que se produce y se inventa la vida: hace falta un mínimo de reproducción, aunque podamos sufrir de su omnipresencia”⁵.

Lo que parece claro es que Alejandro Moreano comulga más con la pulsión comunista del libro de Hardt y Negri y con su elogio de las potencialidades del trabajo viviente que con ciertos aspectos de su “teoría política liberal-anarquista” de las formas de soberanía. Al igual que Pablo Ospina, quien subraya “dos distintos énfasis en la polarización del capitalismo mundial” en *Imperio* y en los trabajos de Samir Amin y señala que “no es lo mismo escribir desde Dakar que desde París”, Moreano considera que “la equívoca generalización de la categoría [de subsunción real] a todo el orbe brota del eurocentrismo de Hardt y Negri que les impide *ver* la problemática del desarrollo desigual y la creciente polarización entre el capital multinacional y financiero dominante y el conjunto de la humanidad [...]”.

Me parece un poco ingenuo atribuir tal ingenuidad a Hardt y Negri: por una especie de sesgo cultural y geográfico inevitable, co-

4 G. Deleuze y C. Parnet, *Diálogos*, Valencia, 1980.

5 F. Zourabichvili: “Les deux pensées de Deleuze et Negri: une richesse et une chance”, *Multitudes*, n. 9, mayo-junio de 2002.

Sólo una especie de wishful thinking teleológico puede garantizar que la "contradicción entre el Catoblepas y la humanidad, entre la globalización y una mundialización auténtica", prevalecerá sobre las varias líneas de fractura que atraviesan el sistema-mundo. Necesitamos más sociología concreta y más empirismo descriptivo, no menos.

mo cualquier pequeño burgués euro-americano autosatisfecho, no serían capaces de *ver* la realidad del Tercer Mundo. En mi opinión, no es una déficit de visualización lo que les caracteriza, sino una elección teórica muy consciente y profundamente arraigada en toda la trayectoria del marxismo “operaísta” italiano⁶, en su lectura de Marx y en su lectura de los movimientos de rebelión proletaria post-68 (que tampoco se puede reducir a una genérica “fascinación por las contraculturas de los 60 y 70”, ya que hay ciertas diferencias entre los obreros calabreses emigrados a Turín y los hippies californianos). En realidad, desde los años 60, Negri y sus amigos siempre han reivindicado la pertinencia cognitiva y el potencial revolucionario del *análisis de tendencia* más extremado. Según ellos, se trata de construir un modelo teórico que permita anticipar el sentido de las cosas. Por eso, Mario Tronti defendía la necesidad de colocar a “Marx en Detroit” y estudiar los comportamientos del proletariado en el país más avanzado, donde el conflicto asumía la forma más pura⁷.

Desde este punto de vista, Hardt y Negri bien podrían reprochar a Moreano el mismo “empirismo descriptivo” y el mismo sociologismo que él reprocha a Atilio Borón u otros críticos de *Imperio*. Sería injusto y estéril, incluso porque algunas descripciones del “fenómeno” Catoblepas en el texto del autor ecuatoriano son más evocadoras e iluminadoras que la extrema indeterminación de las caracterizaciones del Imperio negriano. Sin embargo, tampoco en Moreano me parecen muy claros los criterios de control epistemológico que regulan, por un lado, el nexo entre categorías -por cierto pertinentes- como el “capital en general” o el “desarrollo desigual” y, por otro lado, el “movimiento browniano” y multifacético de la vulgar empiria (sin hablar del uso de conceptos como “plusvalía relativa” y

“plusvalía absoluta”, que supone que no hay ningún problema con la teoría del valor marxiano)⁸. En medio de los avatares del desarrollo desigual, sólo una especie de *wishful thinking* teleológico puede garantizarnos que la “contradicción entre el Catoblepas y la humanidad, entre la globalización y una mundialización auténtica”, prevalecerá sobre las varias líneas de fractura que atraviesan el sistema-mundo. Un sistema-mundo donde la “formación de la subjetividad revolucionaria [...] en la perspectiva de una guerra civil de clases a escala mundial” (suponiendo que esta última sea una perspectiva a la vez factible y deseable) se ve obstaculizada por un hecho masivo ya señalado por Joan Robinson: hay algo peor que ser explotado, es no ser explotado. Lo que tampoco vuelve muy factible -sin la concurrencia aleatoria de toda una serie de factores políticos, ideológicos, psicológicos y materiales- la “transformación tendencial” de la “resistencia de los excluidos” en “sublevación de los explotados”.

En este sentido, muchos de los millones de manifestantes contra la guerra del 15 de febrero 2003 estarían muy sorprendidos de aprender que su hazaña abre el horizonte de la “guerra civil de las masas contra el capital mundo”. Los mismos animadores del movimiento antiglobalización en Europa y EE.UU. confiesan que uno de sus mayores problemas estratégicos es su débil capacidad de atraer a los sectores populares más marginados y a los excluidos del propio Norte⁹. Uno podría muy bien defender la idea de que lo que se perfila es un mundo de muchas barbaries posibles -no todas funcionales al “capi-

6 La palabra italiana *operaismo* significa literalmente “obrerismo”, pero prefiero no traducirla ya que su contenido político y teórico no tiene mucho que ver en este caso con lo que, tradicionalmente, se califica con este término en el movimiento socialista.

7 M. Tronti, *Operai e Capitale*, Turín, 1966.

8 Hoy en día, no son sólo los economistas neoclásicos o los radicales post-marxistas como Castoriadis (ver su “Valeur, égalité, justice, politique. De Marx à Aristote et d’Aristote à nous”, en *Les Carrefours du Labyrinthe*, París, 1978) que cuestionan la pertinencia de la teoría del valor, sino teóricos oriundos de la más clásica tradición marxista-leninista. Ver, por ejemplo, G. La Grassa, “Per l’archiviazione della teoria del valore”, en *Fuori della corrente. Decostruzione-ricostruzione di una teoria critica del capitalismo*, Milán, 2002.

9 AA.VV., *Où va le mouvement altermondialisation?*, París, 2003.

tal en general”- y poco socialismo, o poca subjetividad comunista. Sin embargo, sin caer en anticipaciones prematuras de la universalidad concreta, creo que sí vale la pena explorar las potencialidades emancipadoras y cooperativas que encierran los mismos procesos más avanzados del capitalismo contemporáneo¹⁰. Uno descubriría tal vez que hay mucho más comunismo latente y “excedencia del trabajo viviente” en Silicon Valley que en La Habana o en Beijing (supongo que Negri estaría de acuerdo con esta hipótesis). Pero por favor, incluso para construir teorías de estas tendencias, necesitamos más sociología concreta y más empirismo descriptivo, no menos.

De la multitud constituyente a la guerra asimétrica

El texto de Aida Quinta y Perla Zusman presenta problemas parecidos a los que sublevan las observaciones conclusivas de Moreano. A partir de su descripción bastante pertinente de los nuevos movimientos sociales argentinos, ¿pueden hacerse extrapolaciones afines a las tesis de Negri o Paolo Virno? Es interesante observar que la relativa espontaneidad, la capilaridad, la molecularidad y el funcionamiento en redes son elementos que caracterizan no sólo el “argentínazo” de diciembre de 2001 y el nuevo protagonismo social en la república austral, sino otros conflictos urbanos latinoamericanos como la “guerra del agua” de Cochabamba en el 2000 y la revuelta de Arequipa en el 2002. Se trata de un fenómeno fascinante y digno de ser investigado. Aquí, más que en cualquier otro caso, la categoría de “multitud” parecería prestarse a la comprensión de estos movimientos¹¹. Sin em-

bargo, me temo mucho que la caracterización de estos nuevos espacios sociales en términos de “topologías inusuales” o de “rizomas subterráneos e incontenibles” favorezca la exaltación de una especie de estado de ingravidez sociológica que, además de su indeterminación cognitiva, puede desembocar en graves desilusiones políticas. Más confiable me parece el enfoque de los investigadores que, sin negar el potencial emancipador e innovador de los nuevos movimientos argentinos, exploran en toda su densidad la ambivalencia vital de sus estrategias y culturas, y en particular su relación muy compleja con las prácticas clientelistas del peronismo popular¹².

Con Alain Joxe estamos en otro terreno, “más bien en la zona de los vacíos del análisis de Hardt y Negri”, como se señala en la Introducción al Dossier de *Íconos 17*, y más cerca del mundo de Hobbes y Clausewitz. Se habla de ideología -incluso de teología- y de geoestrategia, de mesianismo y de dominio aerosatelital -y de la relación entre ambos aspectos¹³. El trabajo de Joxe plantea la necesidad de estudiar con más detenimiento el imaginario y las doctrinas político-militares de los ultra-conservadores estadounidenses y de explorar las tensiones entre estos dispositivos discursivos, las opciones estratégicas que favorecen y la resistencia de la realidad. Hace poco, desde el mismo campo conservador -y con el trasfondo del caos iraquí-, las graves

critica el carácter “demasiado genérico” del uso del concepto por Negri. Ver A. García *et al.*, *Tiempos de rebelión*, La Paz, 2001, y R. Gutiérrez, A. García *et al.*, *Democratizaciones plebeyas*, La Paz, 2002.

12 Ver por ejemplo J. Auyero, *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, 2002, y el excelente libro de Sebastián Pereyra y Maristella Svampa, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, 2003. Los autores describen con mucha sutileza las tensiones y ambigüedades que se establecen entre la “productividad de la identidad piquetera” y el peso de la “matriz nacional-popular”.

13 Sobre el peso de las representaciones religiosas en la derecha estadounidense, ver I. Richet, “Quand la religion s’engage en politique”, *Mouvements*, nov.-dic. 2003, y J. Didion, “Mr Bush and the Divine”, *New York Review of Books*, 6-11-2003.

10 Para un análisis claro y circunstanciado de las tendencias “comunistas” inmanentes al capitalismo cognitivo post-fordista, ver A. Gorz, *L’immatériel. Connaissance, valeur et capital*, París, 2003.

11 En Bolivia, para diferenciar las nuevas formas de movilización de las rebeliones comunitarias andinas y del sindicalismo obrero, el sociólogo y activista Álvaro García Linera habla también de “multitud”, aunque

contradicciones internas de la famosa “Revolution in Military Affairs” (RMA) dieron lugar a una virulenta crítica de las fantasías de manejo tecno-virtual y neo-empresarial del poderío militar por Donald Rumsfeld¹⁴.

Un punto más débil del análisis de Joxe - incluso en su libro- es la articulación de las dimensiones económicas y militares de la dominación norteamericana. Él mismo reconoce que “esto es todavía un enigma ya que tal articulación está en plena mutación”. La débil sustentabilidad de una apuesta hegemónica unilateral asociada a un keynesianismo militar *sui generis* bajo la sombra de un endeudamiento creciente subsidiado por capitales euro-asiáticos es quizás un peligro más grande para el imperio que el terrorismo de Al Qaeda o las guerrillas afganas e iraquíes¹⁵. Sin lugar a dudas, este nexo no lineal entre lo militar y lo económico (otro tema crucial que brilla por su ausencia en el libro de Hardt y Negri) debería ser un objeto de investigación central para una macrosociología de la dominación neo-imperial.

Negri sobreexpuesto y desconocido

Uno de los problemas de la recepción del libro de Hardt y Negri y de su uso como instrumento de lectura de la realidad contemporánea es el sesgo producido por el general desconocimiento de los avatares de la trayectoria teórica y política de Toni Negri. Con la excepción de Italia y de algunas pequeñas excursales del “operaísmo” italiano en París, Barcelona y Berlín (no tanto en los países anglo-sajones donde la recepción de *Imperio* es casi puramente académica y mundana), es difícil para los nuevos lectores del filósofo italiano reconstituir los nexos genealógicos que relacionan conceptos como “multitud”, “bio-

política” o “éxodo” con elaboraciones teóricas de apariencia más clásicamente marxista que se remontan a los años 60 y 70 y pertenecen a textos y debates que casi nunca han sido traducidos¹⁶.

El problema se vuelve aún más complicado por el hecho de que el “operaísmo” italiano no es sólo un patrimonio teórico identificable en revistas pioneras como *Quaderni Rossi*, *Classe Operaia* o *Potere Operaio*, sino una verdadera “mentalidad” que funciona como forma de autoestilización comportamental y lexical de ciertas tribus de la izquierda radical italiana -en particular algunos segmentos del movimiento antiglobalización que se apoyan en redes territoriales de “centros sociales” más o menos autogestionados-. Como lo escribe Maria Turchetto, “algunas temáticas de fondo [...], el uso de ciertos textos de Marx

Imperio ofrece a nuevas generaciones una radicalidad un poco indeterminada, una nueva poesía revolucionaria que ya no mira al pasado, sino que adopta una retórica tajantemente futurista. Imperio da la impresión de ser el producto de una lectura adolescente de Deleuze bajo los efectos de un excesivo consumo de Prozac.



16 Las figuras más destacadas del “operaísmo” fueron Ranniero Panzieri, Mario Tronti y Antonio Negri, aunque pensadores más discretos y menos glamorosos que Negri, como Sergio Bologna, merecerían ser más conocidos. Sobre la historia de la izquierda radical italiana, ver: N. Balestrini y P. Moroni, *L'Orda d'Oro. 1968-1977. La grande ondata rivoluzionaria e creativa, politica ed esistenziale*, Milán, 1997; O. Scalzone y P. Persichetti, *La révolution et l'État. Insurrections et “contre-insurrection” dans l'Italie de l'après 68: la démocratie pénale, l'État d'urgence*, París, 2000; y M. Hardt y P. Virno, *Radical Thought in Italy*, Minneapolis, 1996. En castellano, se encuentra una reconstrucción útil en C. Bertani, “Las trampas de *Imperio*. Antonio Negri y la extraña trayectoria del obrerismo italiano”, http://alainet.org/active/show_text.php3?key=3202.

14 F. W. Kagan, “The art of war”, *The New Criterion*, Vol. 22, n. 3, nov. 2003.

15 Ver W- Greider, “The End of Empire”, *The Nation*, 23-09-2002, y E. Todd, *Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain*, París, 2002.

(el muy conocido fragmento sobre las máquinas de los *Grundrisse*, cita ahora ritual), algunas palabras claves (*general intellect*, composición de clase, autonomía) funcionan todavía como un fuerte dispositivo de reconocimiento. Dispositivo tal vez más lingüístico que teórico, más evocativo que realmente propositivo [...]”¹⁷.

Para Turchetto, y en esto concuerdo plenamente con ella, la propuesta de *Imperio* representa más un estadio de degeneración terminal del programa teórico operaísta que una innovación radical:

“[A los operaístas les] gustan, en general, las palabras que alimentan los nuevos mitos y sirven para imaginar futuros sujetos antagonistas que sucederán al ‘obrero profesional’, al ‘obrero-masa’ y al ‘obrero social’, [NdA: figura postfordista de la ‘fábrica difusa’] quien, desgraciadamente, nunca quiso manifestarse. [...] Este intento de evocar a fuerza de retórica nuevos sujetos salvadores que nunca tienen el buen gusto de existir concluye la parábola del operaísmo en los años 90. Del ‘intelectual-masa’ [...] al ‘trabajador immaterial’ y a los ‘*Immaterial Workers of the World*, que deberían fundar un nuevo ‘sindicalismo revolucionario’ y transformar los ‘centros sociales’ en ‘Cámaras del Trabajo postfordista’, el operaísmo naufraga en este perseguimiento de nuevos léxicos [...], víctima de las modas culturales y, con ellas, de la peores políticas neoliberales. [...] En esta trayectoria, el operaísmo se transformó en [...] un pensamiento bloqueado que no produce crítica ni ilumina los hechos, una ideología consolatoria y tal vez una verdadera alucinación que le impide ver lo que no se conforma a sus deseos”¹⁸.

Un diagnóstico feroz, pero que parece confirmado por algunas declaraciones recientes de Toni Negri. Así, cuando el maestro explica la

curiosa reacción arqueo-imperialista del post-11 de septiembre, tan contradictoria con las profecías de *Imperio* (“una contratendencia, un *backlash* imperialista dentro y en contra del Imperio, ligado a viejas estructuras de poder, viejos métodos de comando, a una concepción monocrática y substancialista de la soberanía que se contraponen al carácter molecular y relacional del biopoder imperial que hemos analizado”¹⁹) por la “pulsión regresiva” de gente que se “quedó afuera de la tercera revolución industrial y no la lleva adelante”²⁰. De igual manera, Negri tiende a confirmar el cortés escepticismo de Pablo Ospina a propósito de la forma en que se presenta en *Imperio* “la relación entre conciencia y acción de la multitud, entre espontaneidad y dirección consciente”, la que “no puede ser identificada con ninguna idea convencional de acción conscientemente dirigida a un fin”. Entrevistado por un semanario francés sobre el asunto de la violencia dentro del movimiento antiglobalización (tema táctico y estratégico candente desde los acontecimientos de Génova en el 2001), el filósofo italiano explicó que no hay que oponer dentro del movimiento “los malos y los buenos” (“es un discurso de poder”), sino “entender la potencia de la multitud hasta en sus contradicciones”²¹. No soy leninista, pero me parece que Lenin se revolvería en su tumba si supiera que eso es lo último en materia de dialéctica de los medios y de los fines.

¿Cómo explicar el éxito fenomenal de un libro²² que no sólo ofrece una teoría tan alusiva de la dominación imperial, sino que se sostiene en premisas filosóficas a la vez sumamente abstrusas y radicalmente simplificadoras (una proeza en sí mismo)? Para Hardt y Negri, el proceso histórico ya no es ni siquiera

17 M. Turchetto, “Dall’operaio massa’ all’imprenditoria comune’: la sconcertante parabola dell’operaismo italiano”, www.intermarx.com/temi/operaismo.html (versión ampliada de un artículo publicado en francés en J. Bidet y E. Kouvélakis, *Dictionnaire Marx Contemporain*, París, 2001).

18 *Ibíd.*

19 “Entrevista a Toni Negri: Il backlash imperialista sull’Impero”, *Il Manifesto*, 14-09-2002.

20 *Ibíd.*

21 “A la vie, à la mort. Entretien avec Toni Negri”, en *Les Inrockuptibles* No. 301, 21 de agosto de 2001.

22 Sería muy interesante saber quién leyó realmente el libro entre los activistas que retoman su léxico.

ra el reflejo de la lucha de clases, sino un combate titánico entre las fuerzas perversas de la trascendencia y los paladines de la inmanencia, portavoces naturales del deseo de la multitud (que tiene siempre deseos “buenos”; no hay análisis de la relación entre “pasiones tristes” y “pasiones alegres” en el spinozismo *light* de Hardt y Negri). Además, se trata de un libro poco instructivo para quien ejerce una actividad política o ciudadana concreta. Los problemas clásicos de la relación entre táctica y estrategia, programa mínimo y programa máximo, alianzas sociales y coaliciones políticas, no están replanteados en un nuevo marco epistemológico, sino simplemente disueltos en el optimismo libidinal de los autores. El tejido biopolítico y el trabajo inmaterial producen en modo espontáneo el grado de acción y de conciencia adecuado. La idea subyacente -que tiene una larga historia en el pensamiento de Negri- sería que el capitalismo es sólo una superestructura casi parasitaria que bloquea los “impulsos de vida” de la multitud. A veces, *Imperio* da la impresión de ser el producto de una lectura adolescente de Deleuze bajo los efectos de un excesivo consumo de Prozac.

Sin embargo, es innegable que Hardt y Negri supieron hacer lo que Baudelaire aconsejaba a los promotores de revoluciones estéticas: *crear un tópico* (“créer un poncif”). En cuanto se trata de una forma de taquigrafía intelectual capaz de cristalizar ciertos humores e intuiciones del movimiento social, los tópicos -en el sentido baudelairiano, que no es peyorativo- pueden tener su utilidad. Con tal que no se alejen en modo extravagante de la realidad y no se sustenten en un derroche de *kitsch* conceptual. Este *kitsch* conceptual, estimulante del “extásis teórico” spinozofranciscano de Hardt y Negri, es también un *kitsch* retórico, y tal vez por este lado se explica la relativa popularidad de *Imperio*: este texto no funciona para nada como la “teoría” de tal o cual sector del movimiento social, sino como su “poesía”.

Se trata del mismo tipo de fenómeno al que Marx aludía cuando hablaba de los peli-

gros de la “poesía del pasado” a propósito de los que querían hacer la revolución proletaria con el léxico de Robespierre, de igual manera que Robespierre usaba el vocabulario y la simbología de la virtud greco-romana. Con el cabal descrédito de octubre 1917 y de todo el imaginario que lo acompañaba, *Imperio* llega justo a tiempo para ofrecer a nuevas generaciones de aficionados una radicalidad un poco indeterminada, una nueva poesía revolucionaria que ya no mira al pasado, sino que adopta una retórica tajantemente futurista²³. En mi modesta opinión, se trata de mala poesía, y Toni Negri es el Gabriele d’Annunzio del neomarxismo, pero *de gustibus non est disputandum*.

El paralelograma de fuerzas del dominio imperial

Volvemos al imperio y al imperialismo (un término que Marx no conocía). El núcleo economicista de la versión leninista canónica del imperialismo (acceso a materias primas a bajo costo, apertura violenta de mercados reservados, exportación de capitales excedentarios, etc.) no tomaba en cuenta las lógicas culturales y políticas profundas del expansionismo imperial y colonial. Varios trabajos de historia económica demuestran que ninguno de los criterios propuestos por Lenin jugó un papel decisivo en el desarrollo económico del Norte y en la resolución de las contradicciones reales o imaginadas del capitalismo²⁴. Sin embargo, la teoría de Lenin tenía al menos el mérito de un cierto realismo y de un esfuerzo de coherencia conceptual ante la fábula libe-

23 En Italia, el lenguaje de algunas revistas neo-operaístas es muy parecido a la retórica futuroológica y tecnófila de ciertos ultraliberales californianos que mezclan Milton Friedman, Alvin Toffler y la *French Theory*.

24 Aunque sí bloquearon el desarrollo de la periferia. Ver P. Bairoch, *Economics and World History. Myth and Paradoxes*, New York/Londres, 1993; J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism*, Londres, 1993; J. Marseille, *Empire colonial et capitalisme français*, París, 1984; P.-N. Giraud, *L'inégalité du monde. Économie du monde contemporain*, París, 1996.

ral de las ventajas comparativas de la división internacional del trabajo. Por su lado, *Imperio* abre la posibilidad de relanzar el debate rompiendo con el antiamericanismo victimista y moralista que caracteriza gran parte del discurso “anti-imperialista” vigente, sobre todo en Latinoamérica. Pero Hardt y Negri se posicionan en un nivel de abstracción alusiva que no tiene mucho que ver con los siempre discutibles pero muy articulados análisis de Lenin, Kautsky, Luxemburg o Hilferding. Su discurso es “infalsable” (en el sentido de Popper) por falta de determinación.

En 1890, en una carta a J. Bloch²⁵, Friedrich Engels escribió que “la historia se realiza de tal modo que el resultado final se desprende siempre de los conflictos entre un gran número de voluntades individuales producidas por una gran cantidad de condiciones particulares de existencia: grupo infinito de paralelogramas de fuerzas donde sale una resultante, el evento histórico”. Tal vez, en el estudio de la dominación imperial, sería tiempo de aterrizar y de romper con las grandes abstracciones sistémicas y las teleologías marxistas o liberales para delimitar y construir dentro de este “grupo infinito de paralelogramas de fuerzas” una serie de configuraciones -de “tipos ideales” weberianos, si uno quiere- menos grandiosas pero más realistas que den su peso específico a varios factores motivacionales, ideológicos, geoestratégicos, demográficos y económicos.

En su panorama histórico de la política estadounidense hacia Latinoamérica, Lars Schoutz concluía que tres intereses fundamentales, combinados en proporciones diversas en función de los contextos, habían determinado la actuación de Washington frente al “patio trasero”: la necesidad de preservar la seguridad de EE.UU., las exigencias de política

interna y la promoción del capitalismo norteamericano²⁶. El caso cubano es una ilustración perfecta de como juegan las tensiones entre estos tres objetivos. Con la caída de la Unión Soviética, el supuesto problema de seguridad presentado por el régimen castrista ya no existe y no puede aliviar la contradicción entre el chantaje electoral e ideológico del lobby cubano-americano y los intereses de los capitalistas gringos, que se mueren de celos de ver sus rivales canadienses, españoles o mexicanos aprovecharse de la mano de obra baratísima, bien educada y sin protección sindical autónoma que ofrece la isla caribeña. Sería interesante saber si Schoutz se dio cuenta de que su triángulo de intereses coincide más o menos con una de las más antiguas teorías implícitas del imperialismo, la que expone el dignatario ateniense citado por Tucídides en la *Guerra del Peloponeso*: “No hemos hecho nada extraordinario, nada contrario a la práctica humana, cuando hemos aceptado el imperio que nos estaba ofrecido y nos hemos negado a abandonarlo. Tres poderosos motivos nos impidieron hacerlo: el honor, el miedo y el interés propio”²⁷. El honor, o sea las construcciones simbólicas e ideológicas de la identidad, el miedo, o sea las preocupaciones de seguridad y de equilibrio geoestratégico, y el interés propio, o sea el motivo económico. Tal vez no estamos en un mundo tan posmoderno, y ni siquiera tan moderno.

25 Publicada en 1895 en la revista *Sozialistische Akademiker* de Berlín.

26 L. Schoutz, *Beneath the United States. A History of US Policy towards Latin America*, Cambridge (Mass.), 1998.

27 Tucídides 1.76.2, citado en M. I. Finley, *Economy and Society in Ancient Greece*, Londres, 1981.